

EL ENTUSIASMO DE VICENTE

JOSÉ LUIS VILLAR PALASÍ*

La vida, o mejor dicho la convivencia en una ciudad como Madrid, es ciertamente frustrante. En el sentido de que los quehaceres de cada uno impiden la realización de una auténtica convivencia con la misma familia — como no sea la más cercana, la que vive bajo un mismo techo— y con los amigos. No se enfría el afecto ni la amistad, pero sí sufre la convivencia, el saber compartir preocupaciones, tensiones, éxitos o fracasos con aquellos hacia quienes nos unen lazos de afectividad.

Amor a los Ateneos

Esto es particularmente aplicable al caso de mi amistad con Vicente Rodríguez Casado. Trabajamos codo a codo durante años y más tarde perdí su pista aunque seguimos viviendo en la misma Universidad. Cosas de Madrid y de diversidad de oficios, que fuerza a un aislamiento inhumano. Coincidió con él durante más de cinco años en la época en que desempeñaba —diré sin temor a lo manido de la expresión— con singular acierto la Dirección General de Información. Accedió al cargo sin el menor entusiasmo y ello me consta porque me tocó el difícil papel de convencerle a venir a Madrid, dejando un tanto huérfanos sus desvelos en Sevilla, en su cátedra y en sus amigos de allí. Aceptó al fin a regañadientes. Pero a continuación, una vez dejados a un lado los escrúpulos previos, se entregó de lleno a la tarea, con el entusiasmo de quien paradójicamente jamás anheló ese puesto, pero que era la característica de su actuar. Si entusiasmo encierra etimológicamente la idea de Dios, de llamado por Dios, don Vicente era un

* II Curso de la Universidad de La Rábida (1944). Ex-Ministro de Educación y Ciencia. Catedrático de Derecho Administrativo.

entusiasta. Y no sólo etimológicamente, sino en el sentido plano y corriente del término. Se entregaba de lleno al trabajo, sin intersticios ni vacilaciones.

Recuerdo con singular precisión su amor hacia algo creado por él. Los Ateneos populares, de barrio, situados preferentemente en las periferias de las grandes ciudades, allí donde la cultura es algo que hace encogerse de hombros a la gente que vive en esos barrios, inmersos en preocupaciones más inmediatas, por más acuciantes. Don Vicente sabía de sobra que cualquier enriquecimiento de la personalidad pasa inexorablemente por un mejoramiento del nivel cultural. Y que en este terreno, por aquellos años, aún quedaba —y sigue quedando aún hoy— amplios desiertos de desconfianza hacia la cultura. Volcó hacia los Ateneos populares todos sus esfuerzos, su dedicación de tiempo, de simpatía por atraer hacia ellos a intelectuales, escritores, profesores, artistas. Posiblemente la erosión del tiempo haya hecho desaparecer esos Ateneos populares. Pero la idea de la difusión de la cultura entre quienes más alejados de ella están quedó como semilla fértil imperecedera.

Amor a la Universidad

La personalidad de don Vicente es difícilmente descriptible. Sencillo en la conducta y avasallador en las ideas. Su amor por la Universidad de La Rábida tengo para mí que era lo único que le compensaba de los sinsabores de su trabajo en Madrid. Era otro en las semanas en que trasladaba a La Rábida. Hablaba de ella, y de los compañeros que había vuelto a ver cada año con una ilusión de novicio enamorado de su obra. Pues la Universidad de La Rábida fue en gran parte obra de don Vicente.

Habent sua fata libelli. Por una serie de acontecimientos desgraciados he demorado pergeñar estas líneas hasta el límite de la entrada en galeradas del libro. Han sido desgracias familiares, una enfermedad y el extravío de la dirección por último, los hechos que parecían haberme obligado a estar ausente en una cita en la que de corazón no quiero dejar de estar. Porque creo en la comunión de las almas y siento cercanas a mí las de aquellos a quienes quise y sigo queriendo. La premura con que escribo estas líneas y la parquedad de las mismas quedan explicadas por este hado fatal que pareció querer evitar un reencuentro. Excusad por ello la extensión, que no es correlativa de la intensidad con que hubiera querido acudir a esta llamada de los amigos de Vicente Rodríguez Casado, entre los que me encuentro.